LOS BRUJOS DEL RECODO DE PUNG

Frederik Pohl 1963

1

Así es como sucedieron las cosas en los viejos tiempos. Presten ahora atención, porque no voy a repetirme yo mismo.

En primer lugar estaba aquel viejo. Un brujo. Su nombre era Coglan y llegó hasta el Recodo de Pung en un sólido automóvil de plomo. Mediría más de dos metros de estatura. Llamó mucho la atención.

<;Por qué? Vaya, porque nadie había visto nunca un coche como aquel. Ni nadie había visto nunca un forastero como aquel. No era corriente. Así es como era el Recodo de Pung en los viejos tiempos, un pequeño lugar en medio del desierto, al que nunca llegaba nadie. Ni siquiera los aviones surcaban el espacio aéreo, al menos durante mucho tiempo; pero sí habían volado algunos aeroplanos justamente antes que apareciera el viejo Coglan. Puso a la gente nerviosa.

El viejo Cogían tenía los ojos chispeantes, de un negro intenso, y unos andares sueltos y flexibles. Salió del automóvil y cerró la portezuela de golpe. El portazo no sonó *cling* como la puerta de un Volkswagen, ni tampoco hizo *cragg* como la de un Buick. Sonó exactamente así: wuump. Sonaba a algo pesado, lo que nada tiene de particular, ya que, como he dicho, el coche era de plomo.

- ¡Muchacho! - gritó, deteniéndose delante de la puerta de la Posada de Pung. ¡Sal a coger mis maletas!

Charley Frink era el chico de la posada en aquella época, sí el Senador. Naturalmente, entonces tenía tan solo quince años. Salió a recoger las maletas de Cogían y se vió obligado a realizar cuatro viajes. Había mucho espacio en la parte posterior de aquel automóvil de neumáticos de camión y cristales blindados, y todo aquel espacio estaba ocupado por el equipaje.

En tanto que Charley introducía las maletas en la posada, Cogían se dedicó a pasear, arriba v abajo, la calle Principal. Guiñó un ojo a la señora Churchwood y miró con descaro a la señorita Kathy Flint. Saludó a los muchachos que se encontraban frente a la peluquería. No cabe duda de que se trataba de todo un carácter, haciéndose sentir como en su casa, en un lugar como ese.

Ante el almacén de comestibles de Andy Grammis, Andy echó hacia atrás su silla. Apartó los pies para que su perro amarillo pudiera cruzar la puerta y salir a la calle.

-Parece un tipo simpático - comentó con Jack Tighe. (Sí, *ese* Jack Tighe.)

Jack Tighe estaba en pie bajo el tejadillo de la puerta y frunció el ceño. Sabía más que ninguno de cuantos le rodeaban, pero todavía no era tiempo ni momento adecuados para hablar.

- No nos visitan demasiados forasteros ~ fue su único comentario.

Andy se encogió de hombros, reclinándose en su silla. Hacía calor bajo el sol.

-¡Bah -exclamó-. Puede que nos conviniera que llegaran más> Jack. La ciudad acabará por dormirse -, bostezó soñoliento.

Y Jack Tighe le dejó en aquel mismo momento; le dejó y marchó calle abajo, en dirección a su casa, porque sabía lo que sabía.

De todos modos, Cogían no los había oído. Aunque, de haberlo hecho, no le hubiera importado en absoluto. Una de las cosas que demostraban el gran talento del viejo Cogían era que no se preocupaba demasiado de lo que la gente decía de él, y puede que por ello mismo la gente acababa por apreciarle. No podría haber llegado a ser lo que era sin esta condición.

Penetró en la posada de Pung.

-¡Habitaciones> muchacho!-su voz atronó el vestíbulo-. Las mejores! Un lugar en d cual pueda sentirme cómodo, *realmente* cómodo y confortable.

-Sí, señor... señor...

-¡Coglan, muchacho! Edsel T. Coglan. Un nombre orgulloso se le mire como se le mire. Yo estoy orgulloso de llevarlo.

- Sí, *señor* Cogían. En seguida. Veamos, un momento - comenzó a revisar las habitaciones de que disponía a pesar de que sabía de sobra que, exceptuando las ocasiones en las que se alojaban allí los Willmans o cuando el señor Carpenter regañaba con su esposa, no había ningún otro huésped. Claro que lo sabía. Curvó los labios en amable sonrisa y manifestó:

-¡Ah, bien! Tenemos desocupada la *suite* nupcial, señor Coglan. Estoy seguro de que la encontrará a su gusto, señor. ¡Claro que cuesta ocho con cincuenta diariamente, señor!

-¡La cámara nupcial entonces, muchacho!

Coglan puso la caperuza a su estilográfica con la precisión de un golpe de esgrimidor. Sonrió como un hermoso y viejo tigre de Bengala que, además de una blanca dentadura,

tuviera las melenas blancas y cortadas a cepillo.

Y, en cierto modo, había algo que hacía sonreír en todo aquello, ¿no es cierto? La cámara nupcial. Eso era divertido.

Raramente había habido alguien que ocupara la cámara nupcial en la Posada de Pung, a menos, naturalmente, que hubiera tenido una novia. Pero bastaba con mirar a Coglan para saber que él estaba muy lejos de disponerse a contraer matrimonio..., muy lejos y en la dirección opuesta. A pesar de su elevada estatura, a pesar de sus ojos chispeantes y a pesar de sus rectas espaldas se veía claramente que se encontraba en el lugar más opuesto al matrimonio que se pueda imaginar. Tenía, por lo menos> ochenta años, lo que se podía ver en su piel rugosa y en los nudosos dedos de sus manos.

El empleado silbó para llamar a Charley Frink.

- Encantado de tenerle entre nosotros, señor Coglan - saludó cortésmente -. Charley le subirá las maletas a las habitaciones. ¿Estará mucho tiempo entre nosotros?

Coglan rió estrepitosamente. Era la risa de un hombre tranquilo y confiado.

- Sí - respondió -. Mucho tiempo.

¿Y qué es lo que hizo Cogían cuando se quedó solo en la cámara nupcial?

Bien, en primer lugar pagó al empleado con un billete de diez dólares. Esto sorprendió a Charley Frink, de acuerdo. No estaba acostumbrado a esta clase de propinas. Salió, y Coglan cerró cuidadosamente la puerta detrás de él, demostrando estar del mejor de los humores.

Coglan se sentía feliz.

Miró a su alrededor, sonriendo con sonrisa lobuna. Inspeccionó el cuarto de baño, con su ducha fija, v recubierto todo él de azulejos blancos y porcelanas.

- ¡Delicioso! - exclamó. Se divirtió encendiendo y apagando la luz eléctrica una y otra vez -. ¡Delicioso! -murmuró -. ¡Y tan *manejables...!* En el gabinete de la *suite,* la luz principal estaba instalada en una araña central de seis brazos, del mejor cristal tallado de los Grandes Lagos. Faltaban dos de los colgantes.

- Completamente ridículo - rió, divertido, el viejo señor Coglan -; pero muy agradable, sí señor, muy agradable. Y muy acogedor.

Naturalmente, ustedes ya saben lo que estaba pensando. Pensaba en las grandes cavernas y en las máquinas enormes. Pensaba en los diseñadores de proyectos fantásticos, en las fuentes de recursos naturales a cubierto de todo posible bombardeo, en los filones

inagotables de materias primas y en las conducciones subterráneas distribuidoras de energía y carburantes indetectables... Pero me estoy anticipando demasiado. Todo esto forma parte de otro lugar de mi historia. No ha llegado todavía el momento de hablar de ello. Así que no pregunten.

De todos modos, después de que el viejo Cogían hubo lanzado una buena ojeada a su alrededor> abrió una de sus maletas.

Se sentó frente a la mesa escritorio.

Sacó un pañuelo Kleenex de su bolsillo y, con expresión de fastidio, recogió, valiéndose del pañuelo de papel, el secante que cubría la mesa y lanzó ambas cosas al suelo.

Alzó la maleta hasta colocarla sobre la superficie desnuda de la mesa y la apoyó, abierta, contra la pared.

¡Nunca vieron ustedes una maleta semejante! Parecía como si se tratara de un aparato electrónico portátil de alta precisión. Lo juro. La parte posterior del mismo era un panel de ebonita lleno de conmutadores e interruptores incrustados allí. Brillaba como el jaspe. Tenía una pantalla catódica; una antena; un micrófono y altavoces. Y muchas cosas más. ¿Que cómo sé yo todo esto? Pues, sencillamente> porque puede leerse en un libro que se titula *Mis dieciocho* años *en* la *Posa*da *de Pung,* escrito por el senador C. T. Frink. Porque Charley se encontraba en la habitación inmediata, donde había una cerradura cuyo agujero constituía un excelente atisbadero.

A continuación sonó un ligero y remoto zumbido por los altavoces, y la pantalla catódica, después de un ligero fluctuar luminoso, quedó brillantemente iluminada.

- Coglan al habla - tronó la voz del hombre alto -. Información. Deseo hablar con V. P. Maffity.

2

Ahora es preciso que les describa cómo era el Recodo de Pung en aquellos días.

Todo el mundo sabe cómo es en la actualidad, pero entonces era mucho más pequeño. Muy pequeño. Estaba situado en las márgenes del río Delaware, como una señora vieja, y más bien gorda, que se sentara en el borde de un taburete alto.

El general John Estabrook ~ conocido familiarmente por el apodo de *Johnnie Retiradas - invernó* allí antes de la batalla de Monmouth y escribió, enojado, al general Washington:

«No me es posible obtener aquí provisiones de ninguna clase, ya que los moradores de esta comarca son tan decididamente opuestos a nuestra Causa, que no me ha sido posible reclutar ni a un solo hombre, los cuales ni siquiera se acercan a nosotros.»

Durante la Guerra Civil tuvo lugar una escaramuza en la plaza principal del pueblo, cuando un coronel reclutador del Noveno Regimiento de Voluntarios Zuavos de Pennsylvania fue expulsado de la ciudad, resultando herido superficialmente en la cabeza el hijo del banquero más importante de la ciudad. (Se cayó del caballo. Estaba borracho.)

Claro que estas fueron guerras más bien pequeñas, ya saben. Dejaron diminutas cicatrices.

Pero el Recodo de Pung se perdió todas las grandes guerras.

Por ejemplo, cuando comenzó la mayor de todas, ¡vaya!, el Recodo de Pung tuvo todas las oportunidades de verse aniquilado, pero se las perdió una a una.

La bomba de cobalto que asoló Nueva Jersey vio detenida su potencia reactiva en las márgenes del Delaware> merced a un fuerte y persistente viento oriental.

La lluvia reactiva que acabó con toda vida en Filadelfia pasó a 60 kilómetros, río arriba. Entonces, el reactor zumbador supersónico que extendía la lluvia fue derribado por un piloto suicida tripulando un anticuado modelo de reactor. (El Recodo de Pung se salvó por estar situado apenas a dos kilómetros del lugar en que cesó de percibirse el efecto de tal lluvia.)

Las bombas atómicas que regaron el estado de Nueva York parecieron hacer un largo paréntesis que salvó al Recodo de Pung igualmente> ya que quedó en el mismo centro del paréntesis.

¿Comprenden ahora cómo pudo suceder? Nunca nos pusieron la mano encima. Pero después de la guerra nos vimos condenados al aislamiento.

No es que esto pueda considerarse una desgracia, ¿comprenden? No hace falta más que leer algún libro antiguo para darse cuenta. Hay mucho que hablar de cómo se sentía el Recodo de Pung por encontrarse aislado. Sus habitantes se sintieron genuinamente apenados por la guerra, y por las numerosas víctimas que esta ocasionara. (A pesar de que la ganamos. Para el otro bando todavía fue mucho peor.) Pero toda nube negra puede convertirse en beneficiosa lluvia providencial v todo eso... Y estar rodeados por todas partes por tierras asoladas y devastadas que nadie podía cruzar tuvo, así mismo, sus aspectos compensativos.

El Recodo de Pung tenía asignado para su defensa una batería de proyectiles - cohetes Nike, y estos derribaron a las dos primeras parejas de helicópteros que intentaron

aterrizar en el lugar, porque creyeron que se trataba de aeronaves enemigas. Puede que lo creyeran así realmente. Pero cuando derribaron al quinto helicóptero ya no pensaban semejante cosa, puedo asegurarlo. Y entonces los aviones dejaron de volar por allí. En el exterior, supongo que tenían demasiadas cosas importantes en las cuales ocuparse. Dejaron de hacerlo por un lugar tan insignificante como el Recodo de Pung.

Hasta que llegó el señor Coglan.

* * *

Una vez que Cogían consiguió establecer comunicación - porque eso era lo que contenía la gran maleta que había manipulado: un receptor-transmisor televisivo - habló durante un rato. Charley tuvo una señal rojiza en la frente durante más de dos días de tanto apretarla contra el picaporte de la puerta, tratando de ver cuanto sucedía en la habitación vecina.

-¿El señor Maffity? - preguntó la voz estruendosa de Cogían, y en la pantalla apareció el rostro de una bella muchacha.

- Soy la secretaria del vicepresidente señor Malfity - respondió suavemente -. Veo, señor, que ha llegado usted sin novedad. Un momento, por favor, le atiende el señor Maffity.

La pantalla fluctuó y apareció un nuevo rostro en la misma; casi el duplicado gemelo del propio rostro de Cogían. Era la cara de un hombre mayor, decidido y osado, para el cual no parecían existir obstáculos; el rostro de un hombre que sabia lo que quería y lo conseguía a toda costa.

-¡Coglan, muchacho! ¡Encantado de verte allí va!

- No ha sido un trabajo difícil, L. S. - respondió Coglan -. Me dispongo a comprobarlo todo, asegurando mi logística. Dinero. Esto va a necesitar un montón de dinero.

-¿No ha habido obstáculos?

- Ninguno, jefe. Puedo jurárselo. No va a *haber* el menor obstáculo - hizo un guiño y recogió una serie de cajitas metálicas de uno de los departamentos de la maleta. Abrió una de ellas y sacó un pequeño objeto en forma de disco> de plástico plateado y rojo -. Voy a utilizar esto ahora mismo.

-¿Y las reservas?

- Sin novedad> a pesar de que no he efectuado

aún la necesaria comprobación. Pero los pilotos dijeron que habían lanzado la cosa tal y como estaba acordado. Sin encontrar la menor oposición desde tierra, ¿se da cuenta de lo

que puede significar esto, jefe? Estos tipos acostumbraban derribar a todos los aviones que se les acercaban. Se están ablandando. Yo diría que están maduros.

- Estupendo, muchacho - respondió alborozadamente L. 5. Maffity desde la pequeña pantalla catódica -. ¡Hazlo, Coglan, hazlo!

* * *

Cuando el señor LaFarge vio entrar a Coglan en el Banco Nacional de Shawanganunk, supo que algo iba a suceder.

¿Que cómo sé Yo esto? ¡Vaya, porque también está en un libro! *Presupuesto federal* v *cómo hice el balance: Un estudio en la dinámica del superávit,* por el ministro de Hacienda (retirado) Wilbur Otis LaFarge. Casi todas las cosas se encuentran siempre en un libro u otro, todo es cuestión de saber dónde hay que buscarlas. Esto es algo que vosotros, los jóvenes, tenéis que aprender.

De todos modos, el señor LaFarge, que en aquella época era vicepresidente adjunto, nada más, saludó al viejo Cogían efusivamente. Era su forma de ser.

-¡Buenos días, señor! - dijo -. Buenos días. ¿En que podemos servirle, señor?

- Ya lo encontraremos, descuide - prometió Coglan.

-¡Naturalmente, señor, naturalmente! - el señor LaFarge se frotó las manos - ¿Desea abrir una cuenta corriente, señor? Ciertamente. ¿Una libreta de ahorros? ¿Alquilar una caja de seguridad? ¡Seguro! ¿Es miembro del Club Navidad, supongo? ¿Le interesaría un préstamo a corto plazo para adquirir un automóvil? ¿O prefiere efectuar alguna clase de inversión en bienes muebles con el fin de consolidar deudas y reducir...?

- No tengo deudas - respondió Coglan -. Oiga, ¿cuál es su nombre...?

- LaFarge, señor. Wilbur Otis LaFarge. Pero llámeme Will.

- Mire, Willie. Estas son mis referencias crediticias y depositó un sobre de papel Manila sobre la mesa, frente al señor LaFarge.

El banquero examinó los papeles y frunció el ceño. Recogió uno de ellos.

-¿Una carta de crédito? - manifestó con algo de sorpresa en su voz -. Hace mucho tiempo que no veía una carta de crédito por aquí. Extendida en Danbury, Connecticut, ¿eh? - movió la cabeza con aire enfurruñado -. Todos los documentos están extendidos fuera de aquí, ¿no es eso?

- Es que yo no soy de aquí.

- Ya lo veo - LaFarge suspiró, añadiendo al cabo de un segundo - Bien, señor, no sé, no sé. En fin, ¿qué es lo que desea realmente?

- Lo que deseo es un cuarto de millón de dólares en metálico, Willie. Y lo más rápidamente posible. ¿De acuerdo?

El señor LaFarge pestañeé asombrado.

Ustedes no le conocieron, claro. Es anterior a su tiempo. No pueden imaginar fácilmente lo que una petición semejante podría causarle.

Cuando he dicho que pestañeé, quiero decir, hombre, que *pestañeó.* Volvió a pestañear y esto pareció calmarle algo. Por un momento, las venas de su frente parecieron querer estallarle; por un momento su boca se abrió como si fuera a decir algo. Pero la boca se cerró sin emitir palabra y las venas volvieron a la normalidad de siempre.

Porque, para que lo comprendan mejor, el viejo Coglan sacó de su bolsillo el objeto plateado y escarlata. Centelleó. Imprimió un movimiento giratorio al disco, seguido por un ligero apretón, y la cosa emitió un zumbido, una nota profunda y una especie de latido. Pero no pareció satisfacer al señor Coglan.

- Espere un minuto ~ observó, de improviso, y ajusté otra vez el objeto valiéndose de un nuevo movimiento giratorio y de otro ligero apretón -. Así está mejor - aseguró.

La nota ahora se hizo más profunda, pero no todavía lo suficiente para complacer al señor Cogían. Hizo girar la tapa un poco más, hasta que la nota se hizo demasiado profunda para ser oída, y entonces asintió.

Reiné el silencio durante un segundo.

-¿Billetes grandes, señor? - exclamó, de pronto, el señor LaFarge -. ¿O pequeños? - se puso en pie de un salto y agitó la mano desesperadamente llamando la atención de uno de los cajeros -. ¡Doscientos cincuenta mil dólares! ¡Eh, usted, Tom Fairleight! Dese prisa. ¿Qué? No, no me importa de donde los saque. Vaya a la caja fuerte en caso de que no haya bastante en la ventanilla de caja. ¡Pero traiga doscientos cincuenta mil dólares ahora mismo!

Se derrumbé sobre su asiento, jadeante:

-¡Lo siento realmente, señor! - se disculpó ante Coglan -. ¡Vaya empleados que nos echamos en cara actualmente! Casi desearía que volvieran los viejos tiempos, se lo aseguro...

- Acaso vuelvan, amigo, acaso vuelvan - respondió Cogían, riendo entre dientes -: Y, ahora, silencio - ordenó, no desabridamente.

Esperé, tabaleando sobre la superficie de la mesa, tarareando para sí, al mismo tiempo que contemplaba fijamente la desnuda pared. Ignoré por completo al señor LaFarge hasta que Tom Fairleight y otro contable se presentaron con cuatro talegos de lona, Henos de billetes, que comenzaron a vaciar sobre la mesa para proceder a su recuento.

- No, no se molesten - insinuó el señor Cogían, con los chispeantes ojillos negros del mejor humor imaginable -. Confió en ustedes - recogió los saquillos, saludó cortésmente al señor LaFarge y abandonó el Banco.

Diez segundos después, el señor LaFarge repentinamente movió la cabeza, se frotó los ojos y contempló fijamente a los dos contables.

-¿Qué...?

- Acaba de darle a ese señor un cuarto de millón de dólares - manifestó Tom Fairleight -. Me los ha hecho sacar de la caja fuerte.

-¿He hecho yo eso?

- Si, señor.

Se miraron en silencio durante unos instantes.

El señor LaFarge dijo finalmente:

- Hacía mucho tiempo que no teníamos nada como *eso* por el Recodo de Pung.

3

Ahora tengo que referirles algo que no es tan agradable. Está relacionado con una muchacha llamada Marlene Groshawk. Decididamente, preferiría no tener que hablar de ello, ni explicar nada; pero forma parte de la historia de nuestro país y así habré de mencionarla. Sin embargo...

Bien, esto es lo que sucedió. Sí, desde luego, está, así mismo, registrado en un libro: *De visita*, por Uno Que Sabe. (Y todos sabemos quién es «Uno Que Sabe», ¿no es verdad?)

Ella no era una mala muchacha. No, en absoluto. O, dicho de otra manera, no pretendía serlo. Era demasiado bonita para su propio bien v no demasiado inteligente. Lo que más apetecía en esta vida era llegar a ser artista de televisión.

Bien, esto estaba fuera de toda posibilidad, naturalmente. En el Recodo de Pung, en

aquellos días, no existían estudios de televisión propiamente dichos. Funcionaba, si, una estación televisora; pero dotada únicamente con unos pocos programas anticuados, grabados años atrás. Contenían la publicidad de otras épocas, a pesar de que los artículos anunciados hacia mucho tiempo que habían desaparecido por completo del mercado en especial en el Recodo de Pung. El ídolo de la Televisión de Marlene era una locutora publicitaria llamada Betty Furness. Marlene tenía las paredes de su habitación llenas de fotografías suyas, sacadas de otros tantos fotogramas de la televisión.

En la época de que estoy hablando, Marlene se consideraba a si misma una taquígrafa pública. La verdad es que no había una gran demanda de sus servicios en calidad de tal. (Posteriormente, después que las cosas tomaron nuevos derroteros, abandonó por completo esa parte de su profesión.) Pero si alguien necesitaba una pequeña ayuda extraordinaria en el Recodo de Pung, tal como escribir alguna carta o efectuar algunos trabajos de oficina, llamaban siempre a Marlene. Nunca había trabajado para un forastero anteriormente. Se sintió más bien complacida cuando el empleado de la Posada le habló de ese nuevo señor Cogían que había llegado a la ciudad y que necesitaba de un ayudante para poner en marcha cierto proyecto que se traía entre manos. Ella no tenía ni la más remota idea acerca de en qué consistía este proyecto; pero debo añadir que, aunque lo hubiera sabido, se habría mostrado igualmente dispuesta a ayudar en lo posible. Claro que cualquier aspirante a estrella de televisión hubiera hecho lo mismo.

Se detuvo en el vestíbulo de la Posada de Pung para revisar su maquillaje. Charley Frink la miró con esa clase de mirada que todos conocen, a pesar de no tener nada más que quince años de edad. Ella remedó la acción de sorberse la nariz de un chiquillo mal educado, echó hacia atrás la cabeza y, orgullosamente, ascendió la escalera.

Llamó a la puerta de la habitación 41 - era la habitación nupcial, como ella sabía de sobra - y sonrió atractivamente al hombre alto y de ojos negros chispeantes que acudió a su llamada.

-¿El señor Cogían? Soy la señorita Groshawk, taquígrafa pública. Creo que me ha mandado llamar, señor.

El viejo la miró fijamente durante unos segundos.

- Si - afirmó por fin -. En efecto. Pase, por favor.

Se volvió de espaldas a ella, y dejó que entrara y se las entendiera ella sola con la puerta.

Cogían estaba muy atareado. Tenía el receptor transmisor televisivo extendido en piezas por todo el suelo de la habitación.

Estaba intentando ajustarlo de una u otra forma, pensó la muchacha. Y resultaba extraño, meditó con la irresponsable mentalidad de su juventud. A pesar de que Marlene no era lo

que se puede denominar *inteligente,* sabía que el hombre no era un técnico en reparaciones de televisores, ni nada que se le pareciera. Lo había leído en la tarjeta de presentación para el Banco y el señor LaFarge se había encargado de divulgar por toda la ciudad el contenido de la misma. En ella se aseguraba que el señor Cogían era consejero para la investigación y el desarrollo.

Cualquiera que fuera el *significado* de una profesión de nombre tan largo...

Marlene era una muchacha consciente, y sabía que una buena taquígrafa pública debe hacer que su corazón se interese por la profesión y trabajos de todo aquel que la emplee, aunque sea temporalmente.

-¿Hay algo que marcha mal, señor Coglan?

- preguntó.

El alzó la cabeza y la miró irritado:

- No consigo coger Danbury con este aparato.

- ¿Danbury, Connecticut? ¿En el exterior? No, señor. No es posible coger emisoras exteriores.

El se enderezó y la miré con fijeza:

-¿Que no es posible localizar Danbury? - movió la cabeza, pensativo -. Este receptor de televisión de cuarenta y ocho pulgadas y veintisiete tubos para los canales de color, con amplificadores de banda UHF-VHF de la General Electric, modelo de pared con supresores estáticos, bandas de sonido autocompesadoras, ¿no es capaz de localizar Danbury, en Connecticut?

- Así es, señor.

- Bien - asintió -, esto va a servir para que haya quien se ría a carcajada limpia en una cueva de Schenectady.

Marlene prosiguió diciendo, tratando de ser útil:

- No tiene antena.

Cogían frunció el entrecejo y le corrigió:

- No, eso es imposible. Tiene que tener una antena. Eso tiene que ir a parar a alguna parte.

Marlene se encogió de hombros atractivamente.

- Después de la guerra, naturalmente, no era posible localizar Danbury, desde luego - afirmó él -. Estoy de acuerdo. No se puede con todos esos productos fisionables desperdigados por ahí, ¿eh? Pero eso hace ya tiempo que ha pasado a contar escasamente. Deberíamos poder coger Danbury con claridad c intensidad de volumen.

- No, fue después de todo eso - respondió la muchacha -. Yo solía..., bueno, solía salir con un muchacho llamado Timmy Horan, y se dedicaba a esa clase de trabajo. Quiero decir a reparar aparatos de televisión y todo eso. Era realmente bueno, no vaya a creerse. Un par de años después de la guerra, yo era apenas una cría, comenzaron a recibirse, de cuando en cuando, fotogramas aislados en las pantallas. Bien, entonces fue cuando crearon una ley, señor Coglan.

-¿Una ley? - su rostro se endureció de repente.

- Bien, creo que eso fue lo que hicieron. De todas las maneras, Timmy tuvo que dedicarse a desmontar todas las antenas de televisión. Sí, eso fue lo que tuvo que hacer. Y una vez recogidas todas, las guardaron junto con las grabaciones para retransmitir en diferido, o algo así.

Ella pareció pensarlo durante unos minutos:

- Pero no creo que nunca me llegara a decir por qué lo hacia - terminó diciendo.

- Yo sé muy bien la causa - repuso él, secamente.

- Así, pues, ahora solo emiten música, señor Cogían. Pero si hay algo que usted desee especialmente, el empleado de la posada se lo puede conseguir. Tienen montones de grabaciones archivadas. Dinah Shores, Jackie Gleasons y programas *médicos*... si es eso lo que le interesa. Ah!, y también montones de seriales y películas del Oeste. Puede pedirle lo que desee, se lo aseguro.

- Comprendo - Coglan permaneció silencioso durante unos segundos, pensando. No para que ella le oyera, sino para sí mismo, dijo:

«No me sorprende que nos cueste tanto penetrar aquí. Bien, veremos lo que puede hacerse acerca de esto.»

-¿Decía algo, señor Cogían?

-¡Oh!, no, nada de importancia, señorita Groshawk. He visto la imagen hace un rato y puedo asegurarle que no era muy agradable de ver, palabra.

Volvió a su receptor.

No era un técnico en televisores, no, pero sabía algo acerca de lo que estaba haciendo, pueden estar seguros, porque en un momento tuvo montado de nuevo el aparato. Fue algo visto y no visto. Y no para dejarlo como se encontraba anteriormente, no. Algo en él había mejorado. Hasta la misma Marlene pudo darse cuenta de ello. Puede que la palabra *mejorado* no sea exactamente la más indicada; quizá fuera mejor decir que ahora había algo diferente en el receptor de televisión, ¡algo diferente que él había hecho para mejorarlo!

- ¿Mejor? - preguntó, mirando a la muchacha.

- Perdone, ¿qué quiere usted decir?

- Me interesa saber si la contemplación de la imagen produce algún efecto especial en usted.

- Lo siento de verdad, señor Cogían; pero, sinceramente, no me ocupo demasiado del *Estudio Número Uno*, señor. Para que me comprenda, me resulta demasiado pesado a la vez que me hace pensar. ¿Sabe a lo que me refiero?

Sin embargo, contemplé, obediente, la pantalla del aparato.

Había sincronizado en el indicador de onda correspondiente el programa único que era posible ver en todos los televisores del Recodo de Pung. No creo que sepan cómo lo hacíamos, pero les explicaré que contábamos con una estación central en la cual pasaban una y otra vez el mismo programa transmitido en diferido, para aquellas personas que no se querían molestar en presenciar programas especiales, compuestos, desde luego, por grabaciones. Todo ello eran viejos materiales, naturalmente. Y todo el mundo estaba más que cansado de verlos una y otra vez.

Pero Marlene contemplé la pantalla fijamente y, en un momento determinado, comenzó a reír tontamente.

-¡Vaya, señor Coglan! - exclamó, a pesar de que él nada había hecho.

-¿Qué, mejor? - preguntó, rezumando satisfacción.

Tenía todos los motivos para sentirse satisfecho.

- Sin embargo ~ intercaló él - las primeras cosas en primer lugar. Necesito su ayuda.

- De acuerdo, señor Coglan - respondió sin vacilar la muchacha, con voz sedosa.

- Quiero decir en un asunto de negocios. Necesito emplear a algunas personas. Necesito que usted me ayude a localizarlas y a mantener los registros en orden. Luego necesitaré adquirir algunos materiales. Necesitaré una oficina, acaso unos pocos edificios para la

instalación de cierta industria ligera, y puede que algunas cosas más.

- Pero eso costará un montón de dinero, ¿no es verdad, señor Coglan?

Cogían se limité a reír sardónicamente.

- Bien, señor - manifestó Marlene satisfecha -, pues yo soy su muchacha... Quiero decir en asuntos de negocios, señor Coglan. ¿Le importaría decirme de qué clase de negocio se trata?

- Es mi intención poner al Recodo de Pung otra vez en pie.

-¡Oh, seguro, señor Coglan! - convino la muchacha -. ¿De qué manera, podría decirme?

- Por medio de la publicidad - respondió el viejo, con la sonrisa de un demonio y la voz de un diablo.

Silencio. Se produjo un minuto de silencio.

Marlene interrumpió este silencio diciendo desmayadamente:

- No creo que les haga ni pizca de gracia.

-¿A quien no le va a gustar ni pizca?

-A los mandamases del lugar. A esos no les va a gustar. Quiero decir la publicidad, señor, los anuncios y todo eso. Pero quiero que sepa que yo estoy a *su* lado. Estoy a *favor* de la publicidad. Me *encanta.* Pero...

¡No es cuestión de que le encante o no le encante! - repuso Cogían con voz de trueno -. ¡Eso es lo que ha hecho a nuestro país grande! Nos lanzó a combatir en la mayor conflagración que han conocido los siglos y cuando esa guerra terminó ha vuelto a ponernos en pie otra vez. ¡En pie y unidos!

- Comprendo lo que quiere decir, señor Coglan. Pero...

- No hay pero que valga. Es una palabra que no deseo oírle más, señorita Groshawh - replicó con indignación -. No hay nada que objetar. Considere lo sucedido en América después de finalizada la contienda, ¿eh? ¡Claro, puede que usted no lo recuerde! Ya se habrán encargado de mantenerla en la ignorancia... Pero todas las ciudades quedaron destruidas. Todos los edificios en ruinas. Pues bien, solo la publicidad ha vuelto a construir unas y otros... ¡La publicidad y la capacidad investigadora! Y voy a recordarle lo que un gran hombre dijo en cierta ocasión: «Nuestra gran tarea en el campo de la investigación consiste en mantener al posible y presunto consumidor razonablemente descontento con lo que ya posee.»

Coglan hizo una pausa, visiblemente emocionado:

- Ese gran hombre fue Charles F. Kettering, de la General Motors - añadió -, y lo más bello de todo es que estas palabras fueron pronunciadas en los años veinte... ¡Imagine! ¡Qué percepción tan clara de lo que la ciencia representa realmente para nosotros! ¡Qué comprensión! ¡Qué capacidad para exponer en unas pocas palabras el verdadero significado de la Inventiva Americana!

Marlene suspiré:

-¡Es maravilloso!

-¡Naturalmente que es maravilloso! - asintió el viejo-. Así, ya ve, no hay nada que sus mandamases pueblerinos, sus caciques obtusos, puedan hacer para detener la marcha del Progreso, les guste o no les guste. Nosotros, americanos - verdaderos americanos -, sabemos bien que sin la publicidad no hay industria; y de acuerdo con esta idea o principio, si usted lo prefiere, hemos diseñado un instrumento que sirve de primera a nuestros intereses. ¡Vaya, mire, mire a esa pantalla!

Marlene obedeció v al cabo de un momento cornenzó a reír nuevamente como una tonta.

-¡Señor Cogían - exclamé picarescamente.

-¿Lo ha visto? ¿Se ha dado cuenta? Y si esto no es suficiente, bien, siempre está la ley. Vamos a ver lo que pueden los caciques del Recodo de Pung... ¡Veremos si se atreven a desafiar al poderío inmenso del Ejército de los Estados Unidos en masa!

- Espero que no sea necesario recurrir al empleo de las armas, señor Cogían.

- Yo también - aseguró el vejete sinceramente -. Y ahora, manos a la obra, ¿eh? O.. - consultó el reloj y movió la cabeza dubitativamente -. Después de todo, esta tarde no hay nada que corra prisa. Supongamos que encargo algo para tomar un bocado, los dos aquí, en compañía, ¿eh? Y un buen vino para regarlo. ¿Le parece bien mi idea? Y...

- Naturalmente, señor Cogían...

Marlene se puso en pie para dirigirse al teléfono, pero el señor Cogían la detuvo.

- Pensándolo bien, señorita Groshawk - razonó ~ comenzando a respirar dificultosamente -, será mejor que encargue yo mismo la comida. Usted siéntese aquí y descanse unos minutos. ¡Ah!, y mire a la pantalla... ¡No deje de mirar a la pantalla!

Y ahora he de hablarles de Jack Tighe.

Sí, de veras. Jack Tighe. El Padre de la Segunda República. Siéntense y escuchen> porque lo que tengo que decirles ahora no es exactamente lo que les han enseñado en la escuela.

¿El manzano? No, eso es solo una patraña. Para que comprendan> es algo que jamás pudo haber sucedido> porque los manzanos no crecen en la Avenida Madison, y es allí donde transcurrió la infancia de Jack Tighe... y buena parte de su juventud. Porque Jack Tighe no fue siempre el Presidente de la Segunda República. Durante mucho tiempo fue alguna otra cosa más, ocupó algún puesto importante ~ la empresa publicitaria de Yust y Ruminant.

Eso es lo que he querido decir. Publicidad.

No pongan el grito en el cielo. La cosa es así. Ahora bien: hacía mucho tiempo que había abandonado el cargo. ¡Oh!, mucho tiempo. Mucho antes> mucho antes de la guerra nuclear. Abandoné el cargo y se retiré a vivir al Recodo de Pung.

Jack Tighe tenía su morada cerca de los terrenos pantanosos de la curva del río Delaware. No era un terreno demasiado saludable> desde luego que no. Todas las tierras altas de las cercanías del Recodo de Pung vertían sus aguas y alcantarillas en esa parte del terreno, y también se vio enormemente afectada por la radiactividad a consecuencia de la gran guerra. Pero esto era algo que no importaba a Jack Tighe, porque era demasiado viejo.

Era casi tan viejo como Coglan, de hecho. Y lo que es más se conocían mutuamente de otros tiempos. Exactamente de la época en que los dos trabajaban para la misma agencia publicitaria.

Jack Tighe era también un hombre alto> no tanto como Coglan; pero sí pasaba del metro ochenta. Y, en cierto modo> ambos se parecían. Ya han visto su fotografía. Los mismos ojos, la misma mirada> el mismo gesto despreocupado; pensamientos similares, andares parecidos y hasta una forma de hablar harto semejante. Pudo llegar a haber sido un gran hombre en el Recodo de Pung. Le hubieran hecho alcalde en cuanto se lo hubiera propuesto. Pero dijo que había llegado al lugar para retirarse a descansar y eso es lo que pensaba hacer; tendría que suceder un levantamiento o algo realmente extraordinario para que se decidiera a reanudar su vida pública, dijo.

Y lo consiguió.

* * *

Lo primero fue la cara de Andy Grammis, pálido como un muerto.

- ¡Jack! - murmuró, casi sin respiración, en las escalerillas del porche, porque había

llegado corriendo a toda prisa desde su tienda.

Jack Tighe bajó lentamente la pierna que apoyaba en la barandilla del porche con toda tranquilidad:

- Siéntate, Andy - dijo amablemente -. Creo que ~ Ya sé por lo que vienes a verme.

-¿De veras, Jack?

- Sí, así lo creo - asintió Jack. ¡Oh, era un hombre muy inteligente! Siguió diciendo -: La aviación ha lanzado neoscopolamina en los tanques de reserva del agua y un forastero se presenta en un coche cubierto de planchas de plomo.Y todos sabemos lo que sucede en el exterior, ¿no es eso? Sí, tiene que tratarse de eso.

- Es él, de acuerdo - balbució entrecortadamente Andy Grammis, dejándose caer desmayadamente sobre los escalones del porche, con la cara como la cera -. ¡De él se trata y nada podemos hacer! Entró en la tienda esta mañana acompañado por esa muchacha, Marlene. Hace tiempo que deberíamos haber tomado alguna medida contra esa chica, Jack. Yo ya sabía que de ella no podría sobrevenirnos nada bueno...

-¿Que es lo que quería?

-¿Querer? Jack, traía consigo un librito de notas y un lápiz como si viniera dispuesto a efectuar un gran *pedido;* comenzó por pedirme... por pedir: «Alimentos indicados para desayunos», dijo. «¿Qué es lo que tienen que resulte adecuado para desayunar?» Le respondí que harina de avena y copos de maíz. ¡Jack, casi me pega! «Entonces, ¿no tienen Cocosabor Wheets?», me preguntó. «¿Ni Cacaosabor, Elixosabor, Deliciosabor Weets? ¿Y qué me dice de Guindi-flán, tampoco? ¿Y el Cereal<on-la-sorpresa-del-regalo-encada-estuche?» «No, señor», me vi obligado a responderle.

Se puso como un loco.

-«¿Y patatas?», me grité. «¿NÓ me irá usted a decir que no tiene patatas?» Le contesté que tenía la bodega llena de patatas de nueva cosecha. ¡Patatas nuevas! Pero *esto* tampoco pareció satisfacerle. «¿Quiere decir patatas, *patatas?»,* aullé. «¿No Pataíma-Fluff, ni Tuberinas Mickey o el delicioso Purecito del Tío Everett? ¡Qué atraso!», me gritó. Y entonces fue y me enseñé su tarjeta, descaradamente.

- Ya sé - respondió, con suavidad, Jack Tighe,

comprendiendo lo difícil que le era continuar hablando al otro -. Comprendo. No es preciso que lo digas si es que te cuesta trabajo hacerlo.

-¡Oh, puedo decirlo perfectamente! - respondió bravamente Andy Grammis -. Ese señor Coglan es un agente publicí...

- ¡NO! - le interrumpió el otro, poniéndose en pie -. No te martirices tú mismo pensando en ello. Ya es bastante grave la cosa de por sí, Andy. Hemos tenido unos pocos años buenos, pero no podíamos esperar que duraran eternamente. Esto había de suceder tarde o temprano.

- Pero ¿qué es lo que vamos a *hacer?*

-¡Levántate> Andy! - ordenó Jack Tighe con firmeza -. ¡Entra en la casa! Siéntate y descansa un rato. Enviaré a buscar a los otros.

-¿Estás dispuesto a combatirle? ¡Pero si tiene a sus espaldas a todo el ejército de los Estados Unidos!...

El viejo Jack Tighe asintió:

- Eso parece, Andy, eso parece - repuso, pero no pareció desanimarle en absoluto la idea de la desigual pelea, ya que hasta pareció mostrarse extraordinariamente animoso.

El hogar de Jack Tighe era una especie de rancho, lleno de adornos. Era un gran individualista este Jack Tighe. Todos ustedes saben esto, desde luego, porque se lo han enseñado en la escuela; y puede que algunos hasta conozcan, inclusive, la casa... Pero ahora está todo muy cambia do; nada me importa lo que digan, pero esta es la ~ verdad El mobiliario ya no es el mismo. Y en cuanto al terreno...

Bien, durante la gran guerra, naturalmente, la lluvia de polvo radiactivo que cayó sobre las colinas mató toda vegetación, impidiendo que algo creciera en mucho tiempo. Luego fue cuando lo embellecieron todo con árboles, hierba y flores. ¡Flores! Le diré lo que hay equivocado en todo esto. En sus años juveniles, Jack Tighe ejerció el cargo de administrador de la Flora Nacional... ¡Vaya! No sería capaz de tener una flor en la casa, mucho menos plantarlas y cuidarlas personalmente.

Pero era una casa muy agradable a pesar de todo. Sirvió un trago a Andy Grammis y le obligó a sentarse. Telefoneó a la ciudad invitando a que le visitaran media docena de personajes. No les dijo para qué quería , desde luego; no valía la pena desencadenar el pánico entre ellos. Pero todo el mundo estaba ya con la mosca tras la oreja, como suele decirse. El primero en llegar fue Timmy Horan, el encargado de la estación de Televisión, el cual traía en su bicicleta a Charley Frink. El primero anunció, casi sin respirar:

- Señor Tighe, están interceptando nuestras líneas. No sé cómo se las arreglará, pero ese Cogían está transmitiendo por nuestro canal. ¡Y vaya un programita que televisa, señor Tighe...!

- Lo comprendo - dijo Tighe apaciguadoramente -. No se preocupe por ello, Timothy.

Creo imaginar la clase de programas que televisa.

Se puso en pie tarareando complacido, y conecté el televisor:

- Creo que es buena hora para contemplar el filme seriado de la tarde. Supongo que habrá dejado la emisora en marcha, ¿no?

-¡Naturalmente! Pero lo más seguro es que el programa esté lleno de interferencias.

Tighe asintió:

-¡Bien, veámoslo!

La imagen en la pantalla del televisor fluctuó uno instantes, se retorció en figuras geométricas paralelas y cuadrados, hasta que, al fin, se detuvo y la imagen del filme televisado apareció, nítida, sobre la pantalla.

-¡Ya recuerdo de qué telefilme se trata! - exclamó Charley Frink -. Es uno de mis favoritos, Timmy.

En la pantalla, el cabo Rusty - encañonaba con el revólver a un encapuchado, al que desarmaba y colocaba las esposas. La escena parecía corresponder al final del filme cuando, de improviso, surgió entre las sombras un segundo malhechor enmascarado...

Tíghe retrocedió unos pasos. Extendió los dedos de una mano, y los movió rápidamente arriba y abajo, delante de sus ojos.

- ¡Ah! - exclamó - sí Véanlo ustedes mismos, señores.

Andy Grammis imité el gesto del viejo. Extendió los dedos de la mano y, torpemente al principio, los movió delante de los ojos, como protegiendo la visión de los tubos catódicos. Movió los dedos arriba y abajo, haciendo de sus dedos una especie de estroboscopio que detuviera las fluctuaciones del lápiz electrónico.

Y, si, allí estaba.

Visto sin el estroboscopio, la pantalla mostraba la cara de Charlie Ch~n cubierta la cabeza con su blanco sombrero panamá. Pero el estroboscopio mostraba algo más. Entre las imágenes consecutivas del viejo filme aparecía otra imagen relampagueando apenas una fracción de segundo, demasiado rápida para que un cerebro consciente aprehendiera la imagen; pero, ¡oh, cómo se grababa en el subconsciente!

4

Andy se puso como la grana.

- Esa..., esa muchacha - tartamudeó, sorprendido -. No tiene nada puesto sobre... sobre...

-¡Naturalmente que está desnuda! - afirmó, complacido, Tighe -. Compulsión sublimizada, ¿eh? La clásica atracción sexual; no se sabe lo que se está viendo, pero el subconsciente no se pierde detalle. No. Y anota también que la figura femenina desnuda sostiene en su mano un estuche de Elixosabor VVheets...

Charley Frink carraspeó.

- Ahora que habla usted de eso, señor Tighe - manifestó -. Me he dado cuenta, ahora mismo, de que estaba pensando en lo agradable v sabroso que estaría ahora un platito de Elixosabor \Vheets.

-¡Claro que sí! - convino de buen grado Jack Tighe. Luego, frunció el entrecejo -. Mujeres desnudas, sí. Pero supongo que el auditorio televidente femenino también tendrá que tener su atractivo estimulante, creo yo.

Permaneció silencioso durante unos minutos, manteniendo a los otros igualmente silenciosos, en tanto que, incansablemente, movía arriba y abajo los dedos de su mano, extendidos delante de sus ojos.

De pronto. fue él quien se ruborizó.

- Bien - dijo amistosamente -, *eso* era para las televidentes femeninas. Todo consiste en eso. Publicidad sublimizada. Un producto cualquiera y una llave para los impulsos básicos que dominan de siempre a los seres humanos. Y todo ello tan fugazmente entrevisto que el cerebro no puede organizar sus defensas. Así que cuando se piensa en el Elixosabor Wheets, se piensa en el sexo. O, mucho más importante todavía, cuando se piensa

en el sexo, uno piensa, inconscientemente, en el Elixosabor Wheets.

- Vaya, señor Tighe. Yo pienso muchísimo en las mujeres.

-¡Todos los hombres lo hacen. - afirmó con tranquilidad Jack Tighe, asintiendo con la cabeza repetidas veces.

Sonaron unos pasos precipitados en el exterior de la casa, y Wilbur Otis LaFarge, del Banco Nacional de Sha;vanganunk, entró casi sin resuello y como espantado.

-¡Lo ha hecho otra vez, otra vez'. Ese señor Cogían ha vuelto. ¡Ha vuelto a pedir más dinero, señor Tighe! Dice que proyecta montar unos estudios de televisión aquí, en el Recodo de Pung. Que abrirá una agencia subsidiaria de Yust y Ruminant... sean quienes sean. Asegura que está dispuesto a que este lugar figure nuevamente en el mapa y que necesita dinero para lograrlo.

-¿Y se lo ha dado?

- No he podido evitarlo.

- No, no le ha sido posible - afirmó Jack Tighe -. Aun en mi época no era posible resistirse cuando la agencia de publicidad le cogía a uno bajo su punto de mira v con el dedo en el gatillo del arma, por así decirlo. Neoescopolamina en el agua, para que toda alma viviente en el Recodo de Pung se sienta mejor predispuesta a toda sugerencia publicitaria, menos tercos v cerrados a la campaña que ese Cogían pretende desencadenar entre nosotros. Hasta yo mismo, supongo, podría caer víctima de sus artimañas, a pesar de que no bebo tanta agua como la mayoría. Y, para remate, la publicidad sublimizada por medio de imágenes televisadas o la compulsión subsónica cuando se trata de conversaciones persuasivas de hombre a hombre. Dígame, LaFarge, ¿le pareció oír algún sonido raro? ¿Algo así como un ligero ronroneo gatuno? \le lo imaginaba. Sí. No han dejado de recurrir a ninguno de sus trucos. Bien - terminó, apareciendo, en cierto modo, satisfecho -, no hay otro medio de evitarlo. Tendremos que luchar.

- ¿Luchar? - murmuró Wilbur LaFarge, con tono atemorizado. No era lo que se dice un hombre valiente, desde luego que no, a pesar de que, con el tiempo, llegaría a ser ministro de Hacienda.

-¡Luchar, si - pareció estallar Jack Tighe.

Todos se miraron los unos a los otros.

- Somos centenares - añadió Jack Tighe -y él solamente uno. ¡Sí, lucharemos! Destilaremos el agua que utilicemos para beber. Impediremos que el pequeño transmisor de Cogían filtre imágenes en nuestro canal televisivo. Timmv ideará el artefacto electrónico que haga falta para conseguirlo, como también intentará, por todos los medios, localizar cada uno de los posibles ingenios que pretenda usar; los descubriremos y los destruiremos uno a uno. ¿Los compulsores subsónicos? Vaya, estos tiene que llevarlos consigo. Sencillamente, se los arrebataremos de la forma que sea. Eso, o ya podemos dar por- perdida nuestra tradición de hombres libres, heredada de nuestros

mayores... r

Wilbur LaFarge carraspeó:

- Y entonces...

- Ha hecho muy bien en decir «Y entonces»... - le interrumpió prontamente Jack Tighe. Y entonces la Caballería de los Estados Unidos vendrá a la carga colina abajo, en su rescate. Sí. Pero ya habrán comprendido, señores, que esto significa la guerra. Ni más ni menos.

Así acabaron por comprenderlo, aunque nadie podría decir que ninguno de ellos se

sintiera muy feliz con esta perspectiva.

5

Pero ya es hora de que les hable de cómo marchaban las cosas en el exterior del Recodo de Pung por aquellos días.

La cara de la Luna ya ha dejado de sernos remota. Ustedes no pueden imaginárselo; su realidad no les es posible. Y yo no sé si podré explicárselo satisfactoriamente, pero todo ello está escrito en un libro que cualquiera de ustedes puede leer, si así lo desea... Un libro que fue escrito por alguien muy importante, un coronel, que, más adelante, llegó a ser general (aunque esto sucedió *mucho* más tarde v sirviendo en otro ejército) y cuyo nombre era T. Wallace Commaigne.

¿El libro? ¡Ah!, sí. Se llama *El final del principio,* y es el volumen primero de la obra, en doce tomos, titulada *Yo serví con Thige: la lucha por la conquista del mundo.*

Se había estado viviendo bajo el temor a la siempre inminente posibilidad de la guerra. Bajo 'el creciente terror que se extendía, cada vez más y más, hasta abarcarlo todo; al mismo tiempo que, todavía presentes los efectos de la anterior contienda, el pánico colectivo llevaba camino de terminar en histeria y aun rebasarla. Pero todavía había tiempo para las «predistimaciones», como solía denominarlo la revista *Time.*

La primera medida, adoptada casi unánimemente, fue la dispersión. Dividir las ciudades; repartir la población de las mismas v las industrias, con el fin de ofrecer los más pequeños presuntos objetivos posibles, aun para la mayor de las bombas nucleares existentes.

Pero los planes de dispersión llevaban consigo la consiguiente creación de otra clase de vulnerabilidad: mayor número de trenes, cada vez mayores barcos cargueros, mayor número de aviones de transporte que se encargaran de efectuar las entregas de los productos acabados a un mayor número de pequeños centros urbanos, desde un número casi infinito de centros de producción; efectuando la misma operación, solo que a la inversa, con las materias primas que era preciso trasladar así mismo para su ulterior transformación. Sí; se había hecho más difícil, con un golpe único, lograr la destrucción de objetivos verdaderamente vitales, que habían dejado de existir; pero se había hecho más fácil la interrupción de los suministros a los distintos lugares, bien de producción, bien de consumo.

Entonces, a cavar, dijeron los planificadores. No. La dispersión no es lo más conveniente. Creemos lugares subterráneos a prueba de bombas. Pero, más que refugios, era preciso construir fábricas junto a los lugares de extracción de las materias primas, hasta donde esto fuera posible, o hacerlas independientes de unos suministros que acaso nunca llegaran a ser entregados; de unos obreros que no podían vivir enterrados por un período

de tiempo tan indefinido e imprevisible como podía ser la duración de la guerra misma, tal vez segundos o puede que siglos... E independientes también hasta de los cerebros que puede que no llegaran a alcanzar nunca los puestos de dirección, o los laboratorios, o las mesas de dibujo. Independientes de unos cerebros que eran susceptibles de perecer o de verse convertidos en algo que en nada se pareciera a un cerebro...

Así, pues, las fábricas subterráneas, aun diseñadas simplemente como tales, tuvieron que ir evolucionando constantemente para cubrir las nuevas necesidades, en forma progresiva:

Contra un enemigo al cual había que suponerle cada vez más potente, con armas más eficaces v con una mayor capacidad aniquiladora, en un espacio de tiempo cada vez menor, a medida que se producían nuevos avances técnicos; igual que sucedía con nosotros mismos y nuestros ingenios y máquinas. Contra la disminución creciente del número de nuestros combatientes; ya que, lógicamente, al prolongarse la duración de la guerra, morirían más y más, quedando cada vez menos personal para manejar las máquinas de matar. Contra la destrucción o posible captura de hasta la más impenetrable de las fábricas subterráneas, guardadas, como ningún dragón legendario podría hacerlo, por cuanto el Hombre era capaz de crear partiendo de las primitivas trampas, jaulas, estacas aguzadas ocultas, hasta llegar a los rayos cósmicos, y luego por la invención de nuevas máquinas electrónicas a las que bastaba ordenar siempre que acelerasen más y más la producción de elementos cada vez más mortíferos.

El paso inmediato eran las fábricas-fortalezas unidas entre sí, de forma que, aun en el improbable caso de que alguna de ellas cayera, pudieran, de manera automática comunicar su mensaje de despedida, a la vez que las responsabilidades, a la fábrica inmediata de su especie. Las factorías sobrevivientes deberían incrementar entonces su producción para compensar la posible pérdida, acelerar el paso letal de la invención y del perfeccionamiento, diseñando armas todavía más mortíferas que fueran susceptibles de ser operadas por un menor número de defensores cada vez.

Y todavía un plan final: llegar a la creación de máquinas capaces de alimentar, alojar, vestir, y hasta transportar a toda una nación, a todo un hemisferio, a todo un mundo, recuperándose de no se sabe qué clase de bomba, germen, bacteria o veneno que se podría llegar a utilizar en caso de prolongarse la guerra. Pongan el nombre que deseen y tengan la certeza de que acabaría por ser posible su empleo. Todo dependería, exclusivamente, de la duración de la contienda.

Claro que se contaba con un indicador excelente: el aire mismo. Una vez más purificada la atmósfera, sondeada momento a momento, rutinariamente, sería la encargada de hacer cambiar la producción de materiales bélicos por otros de uso exclusivamente pacífico.

Y esto es lo que hicieron.

Pero ¿quién iba a poder predecir de antemano que las máquinas mismas no iban a *saber* diferenciar la guerra de la paz?

Tomemos por ejemplo una ciudad: Detroit. Cien mil acres de terreno poblado por ratas, ventanas destrozadas y paredes destruidas, totalmente deshabitados por seres humanos. Desde el aire, está muerta. Pero debajo de todo esto... ¡Ah, el pulso rápido de la vida! Las martilleantes sístole y diástole del flujo constante de las materias primas, de los minerales y carburantes que llegan y de los productos acabados que salen, autos y más autos que recorren laberínticos pasajes subterráneos, que, cual tela de araña, llevan los productos hasta los muelles, igualmente enterrados en las márgenes de los lagos. Flotas enteras de barcazas cargadas de hormigón han construido un puerto sumergido que en nada tiene que envidiar a los nidos de submarinos construidos en Lorient durante *aquella* segunda guerra mundial. Y grandes transportes submarinos, tripulados electrónicamente, surcan las aguas de los lagos y canales hasta alcanzar los puntos de distribución, llevando en sus bodegas nuevos automóviles Buick, nuevos modelos Plymouth...

¿Que quién diseñaba esos nuevos modelos de coches?

Pues... ¡la máquina proyectista! Los modelos cambiaban anualmente. El «Dynaflow 61» cedía su lugar al «Super-Dynaflow 62 Mark Eight»; los faros bifocales se convertían en triples; los neumáticos blancos como la nieve pasaban a ser color rosa o negros como la ebonita...

Todo era cuestión de eficiencia diseñadora.

Lo que los Padres Fundadores conocían acerca de la producción era esencialmente esto: No importa lo que se construya, lo que cuenta tan solo es lo que la gente estaría dispuesta a comprar. Lo que habían aprendido era: No te importen nunca las facultades de juicio de la raza humana. Es una casta mudable, veleidosa y frágil. No impulsan las ventas. Cuenta, más bien, con su ancestral curiosidad simiesca.

Y la curiosidad, naturalmente, se alimenta en el secreto.

Así, pues, generaciones de automotivadores crearon nuevos ingenios y aderezos para sus modelos de automóviles en ultrasecretos laboratorios guardados celosamente por mudos guardianes. ¡Ningún secreto atómico estuvo nunca ni la mitad de clasificado como material secreto! Y todo Detroit duplicaba sus medidas de seguridad; flotas de misteriosos envíos cubiertos de grandes lonas recorría sin cesar las autopistas en las épocas de lanzamiento de nuevos modelos, cada año; la gente hablaba, comentaba. Desde luego, se reían. Lo consideraban excentricidades; era cómico. Pero, aunque les divertía, la verdad es que cumplía el objetivo de estimular su curiosidad y picarles; era algo realmente bueno hacer del misterio una broma, pero el verdadero golpe de la broma toda acababa por consistir en obligarles a desear poseer un nuevo modelo cada uno de ellos y ser los primeros en poder lucirlo.

Los fabricantes de electrodomésticos afilaban las orejas. Así como la curiosidad, ¿eh? Y arrendaban nuevas instalaciones reservadas y ocultas para diseñar y proyectar nuevos compartimentos inverosímiles en refrigeradores y neveras que acababan por lanzar al mercado con gran acompañamiento de bombo y platillo. Sus aparatos electrodomésticos se vendían como rosquillas; así, literalmente, como rosquillas.

La RÇA rumiaba a su vez la lección y añadía un toquecito característico y genuinamente propio; a los discos de vinílica, irrompibles, coloreados y constantemente renovados, seguían otras ingeniosas variantes elaboradas en el mayor secreto, y entonces se producía el toque magistral; dejaban escapar el secreto. Era un truco que el Proyecto Manhattan no había asimilado; un secreto que ocultara al verdadero secreto. Porque todo el planteamiento de la campaña de los discos de vinílica no era nada más que una fachada; era el secreto y la seguridad elevados a las consecuencias últimas; el programa vinílica no era nada más que una simple tapadera para los discos que realmente se proponían vender.

Movía mercaderías. Pero había un límite. La raza humana es una raza parlanchina.

Muy bien afirmó entonces algún gran desconocido, ¡eliminemos la raza humana! Dejad que una *máquina* diseñe los nuevos modelos. ¡Añadidle una unidad diseñadora permanente. Ponedla en marcha activada por medio de vibradores v circuitos escogidos al azar, para obligarla a efectuar cambios constantes imprevisibles. Automatizad las fábricas; ocultadlas debajo de tierra; programad que la máquina se programe a sí misma. Después de todo, ¿por qué no? Como muy bien Cogían había citado a Charles F. Kettering, «nuestra gran tarea en el campo de la investigación consiste en mantener al posible y presunto consumidor razonablemente descontento con lo que ya posee»; y unas máquinas adecuadas pueden hacer *eso* tan bien o mejor que cualquier ser humano. Mejor, desde luego, si se piensa despacio en ello.

Y así el mundo estaba lleno de inmensas cavernas de cuyo interior salían sin cesar nuevas maravillas. La guerra había impulsado el desarrollo de la industria mediante la iniciación de los planes de dispersión; la protección contra los bombardeos había incrustado a las fábricas en las entrañas de la tierra; ahora la seguridad industrial hacía independientes a las fábricas. Las mercancías parecían surgir como un torrente impetuoso, en una infinidad de variantes.

Pero no les era posible detener esa irrupción. Y nadie podía entrar en el interior de las fábricas para detener la producción o hacerla disminuir por lo menos. Y ese torrente de mercancías, fabricadas para tantísimos seres que no existían, tenia que ser movido constantemente. Y esta era la misión de los agentes publicitarios, los cuales eran excepcionalmente buenos para esta clase de trabajo. Y capaces de recurrir a lo que fuera preciso con tal de abrir nuevos mercados.

Y así es como marchaba el mundo en el exterior. Un mundo muy atareado y muy, pero que muy grande> a pesar de lo que había sucedido en la enorme guerra.

No puedo comenzar a relatarles todo lo ocupado que estaba ni lo enorme que era. Solo les diré algunos pequeños detalles para que juzguen. Existía un lugar llamado el Pentágono, que ocupaba una gran extensión de terreno. Naturalmente, estaba compuesto por cinco, digamos, alas: una la ocupaba el Ejército, otra la Marina, la tercera era de las Fuerzas Aéreas, la cuarta por los Marines - Infantería de Marina -, y la quinta ala del edificio la ocupaban las oficinas de Yust y Ruminant.

Además, estaba el Pentágono; este gran edificio que venía a ser el centro nervioso de los Estados Unidos en todo aquello que contaba realmente. (También había otro edificio llamado «Capitol», pero este no contaba demasiado, al menos en aquella época.)

Y es en el edificio llamado Pentágono donde encontramos al coronel Commaigne, vistiendo su uniforme escarlata, con grandes charreteras y su espadín dorado. Está esperando en la antesala del director de la oficina de Yust y Rumínant, contemplando, nervioso, la televisión. Lleva esperando allí una hora, cuando, por fin, le hacen pasar.

Penetra en el despacho.

No intenten imaginar sus emociones en el momento de entrar en el salón cubierto por entrepaños de piel de cerdo. No les sería posible. Pero comprendan que cree que en esa habitación está la llave para todo lo que significa su futuro; lo cree con toda la fuerza de su corazón y> en cierto modo, tal y como se desarrollaron luego los acontecimientos, tenía razón.

- ¡Coronel! - le suelta secamente un anciano; un hombre muy parecido a Cogían y muy parecido, igualmente, a Jack Tighe, porque todos esos de la Liga de la Hiedra v los Tizones tienen algo en común, todos son de la misma ralea: ¡Ha sucedido lo que me temía! Cuanto habíamos pensado y temido está y a en camino. Ha habido disturbios.

-¡Sí, señor!

El coronel es un hombre de aspecto marcial v erguido, porque ha sido oficial del Ejército durante quince años y esta es su primera oportunidad de entrar en combate. Se perdió la ocasión de intervenir en la gran guerra-bueno, de hecho todo el ejército se perdió la gran guerra; fue demasiado rápida para dar tiempo a poner a las tropas en movimiento-y toda acción bélica ha cesado desde entonces. No es muy *seguro* luchar, a no ser en circunstancias verdaderamente excepcionales y en ciertas condiciones. Pero puede que ahora se den esas condiciones, piensa. Y esto puede significar muchísimo en la carrera de un coronel, esos días, especialmente si consigue que le asignen una fuerza expedicionaria y sale adelante brillantemente en el cometido que se le asigne.

Así, pues, permanece allí firme, erecto, alerta y con los ojos y oídos bien abiertos. Tiene la galoneada gorra bajo uno de sus brazos, en tanto que la otra mano empuña el pomo dorado de su espadín; ofreciendo un aspecto verdaderamente fiero. Vaya, algo muy

natural, ¿no? Lo que percibe en la voz del comunicante del televisor, en esa oficina, haría que pareciera igualmente fiero cualquier oficial honrado y consciente de su deber para el Ejército. ¡La autoridad de los Estados Unidos ha sido vejada y escarnecida!

-L. S.- jadea la imagen de un hombre en la pantalla del televisor; un cetrino hombre de edad que le resulta familiar -. ¡Se han vuelto contra mí! ¡Han confiscado mi transmisor; neutralizado mis drogas; confiscado igualmente mis ingenios subsónicos! Cuanto me queda es el transmisor que me autorizan a utilizar bajo su control.

Y deja de ser un hombre educado; este hombre, Coglan, cuya imagen se percibe, nítida, en la pantalla del televisor de esta habitación> parece estar excitado y, en cierto modo, enloquecido.

- Resulta curioso - comenta el señor Mafflty, conocido entre sus conocidos e íntimos por L. S.- verdaderamente curioso que le dejen utilizar el transmisor. Tienen que saber que establecería contacto con nosotros y que se producirán represalias.

- Pero es que *desean* que establezca ese contacto - responde> airada, la voz -. Les he advertido de las consecuencias que tendrían sus actos, L. S. pero parecen haberse vuelto locos. Parecen estar impacientes por lanzarse a la lucha.

Y al cabo de un poco más de charla, L. S. Maffltv desconectó el aparato.

- Vamos a darles su merecido, ¿eh, coronel? - dice, tan serio y seco como un poste expuesto al sol del desierto.

- Así lo haremos, señor - responde el coronel, saluda, da media vuelta y abandona la estancia. Ya parece sentir las águilas sobre sus hombros...o ¿quién sabe? Acaso las estrellas de general...

Y así es como dio comienzo la expedición punitiva; exactamente lo que podían esperar los del Recodo de Pung> una vez que emprendieron el camino de la violencia que nos es conocido... Es lo que podían esperar y> de hecho> lo esperaban...

Ahora bien: ya les tengo dicho que el luchar había estado fuera de moda durante mucho tiempo, aunque no así el estar *preparados* para la lucha, ya que esta era la preocupación de muchas personas. La más importante de todas sus preocupaciones. Y deben de comprender que no parecía existir la menor contradicción en estos dos hechos contradictorios...

La gran guerra había acabado por desanimar a casi todo el mundo en lo relativo a llevar a cabo actos de violencia. La lucha, dentro de los anticuados cánones - esto es, valiéndose de proyectiles dirigidos, el envenenamiento de la atmósfera por medio de la lluvia reactiva v la artillería atómica - se había hecho demasiado costosa, como, igualmente,

poco viable por otras razones que la hacían impracticable. Era una gran suerte que Cestas consideraciones detuvieran las cosas antes que el planeta quedara destrozado, desapareciendo de él todo aquello más evolucionado que el notocordio, y listo para que las bestias monocelulares del mar comenzaran nuevamente el proceso. Ahora las cosas eran distintas.

En primer lugar, todos los explosivos atómicos estaban sometidos a un *rígido* control prohibitivo. Había un par de docenas de países en el mundo que poseían armas atómicas o ingenios aún más destructores, y cada uno de ellos tenía equipos de hombres en alerta constante, las veinticuatro horas del día, con los dedos puestos en los botones que bastaría apretar una sola vez para que desapareciera de la faz de la tierra, de una vez para siempre, la nación que tuviera la mala ocurrencia de ser la primera en usar otra vez el armamento atómico. Así, pues, este estaba fuera de lugar.

En cuanto a la aviación misma, y por razones similares, había perdido gran parte de su utilidad. Los satélites espaciales con sus pequeñas cámaras de televisión, escudriñando día v noche hasta los más ocultos rincones del orbe, hacían imposible que nadie empleara ni siquiera una bomba HE. ordinaria, por el temor de que algún observador, corto de vista, que vigilara las pantallas detectoras de explosiones, funcionando a través de un satélite transmisor, pudiera equivocarse y considerar que la explosión era de algún ingenio nuclear... y, presa del pánico, oprimiera uno de esos botones.

Excluido esto, cuanto quedaba era la infantería, hablando en términos generales.

¡Pero qué infantería! Un pelotón de fusileros estaba constituido por veintitrés hombres, que entre ellos poseían una potencia de fuego similar a la de todas las legiones napoleónicas. Una compañía comprendía unos 1.250, y una sola de estas compañías podría haber ganado por sí sola la primera guerra mundial.

Las armas individuales portátiles escupían, literalmente, trozos de metal, una lluvia de proyectiles disparados tan rápidamente uno tras otro que ya había dejado de ser necesario tanto apuntar a un blanco determinado como partirlo en dos. Una bala de rifle llegaba a tanta distancia como el ojo humano alcanzaba. Y cuando la visión de este quedaba bloqueada por la oscuridad, la niebla o por elevaciones de terreno, el tiradorescopio, el radar y las miras interferómetras emisoras de ondas lumínicas localizaban los blancos a distancia como si se encontraran situados a diez metros y a pleno mediodía.

Había, para decirlo de una vez, armas ultramodernas. Tanto, de hecho, que las armas que portaban los componentes de una de esas compañías de infantería eran tan modernas v se renovaban tan constantemente, que la mitad de los hombres que componían la compañía se encontraban siempre en proceso de adiestramiento en el uso de las nuevas armas que la otra mitad había desechado como anticuadas. ¿Quién iba a utilizar un Mark XXII Ojo-Mágico, Todo-Tiempo, Mira-Superautomática, cuando ya se podía utilizar un Mark XXIII que, además de todas las ventajas del rifle anterior, contaba con Cojinetes-En-

gastados-en-Rubíes?

Porque uno de los triunfos de la época era que, al fin, las veleidosas y caprichosas fluctuaciones de la moda que regían en otros tiempos, digamos a los aparatos de televisión o a los automóviles de Detroit, se habían extendido a los fusiles y a los bazookas.

Era algo maravilloso y digno de verse, aunque no dejara de producir cierto temor.

Eran estos héroes Tos que se disponían a marchar a la guerra... o a lo que pudiera suceder.

El coronel Commaigne (así lo dice personalmente en su libro de memorias) tomó el mando de una compañía completa, 2.250 hombres en pie de guerra, y se puso en camino hacia el Recodo de Pung. El viaje hasta las planicies del Condado de Lehigh lo efectuaron aerotransportados. E terreno estaba calcinado por la radiactividad, pero esta ya había dejado de ser peligrosa. Desde ese lugar, efectuaron el resto del viaje por carretera.

El coronel se sentía fríamente confiado. La radiactividad de las arenas que rodeaban el Recodo de Pung no era problema para el equipo masivo y archiperfeccionado de sus hombres. Lo que el señor Cogían había podido realizar, lo llevaría a cabo mucho mejor el Ejército de los Estados Unidos; Cogían había llegado hasta el lugar conduciendo un vehículo forrado, por así decirlo, de láminas de plomo, pero la fuerza expedicionaria viajaba en vehículos de iridio sólido acerado con barredores de rayos gamma en constante alerta, colocados en los lugares adecuados.

Cada pelotón tenía su propio detector radiactivo. No solamente llevaban armas portátiles individuales, sino que cada vehículo llevaba instalado un cañón explosivo de 105-mm. Fuego Intermitente Sin-Retroceso Y Carga Automática y Cierre de Seguridad Brujotrol. Equilibradores compensatorios mantenían la estabilidad del cañón. El radar localizaba los blancos y unos computadores automáticos predecían y anticipaban los posibles movimientos del enemigo localizado.

En su vehículo particular, el coronel Commaignc dirigió la palabra a sus tropas:

-Esta es la ocasión, hombres del Ejército de los Estados Unidos. ¡La suerte está echada! Habéis sido entrenados durante mucho tiempo para esto y ahora ya estamos metidos en ello. No sé lo que nos espera *allí* - *y* su brazo se alzó para indicar con el dedo índice en dirección al Recodo de Pung, en un gesto que reprodujo cada pantalla, en imagen tridimensional y en color, en cada uno de los vehículos que transportaban a sus hombres -, pero vencedores o vencidos, y yo sé que venceremos, deseo que cada uno de vosotros sepa que tiene el alto honor de pertenecer al mejor pelotón de la mejor Compañía, del mejor Batallón, del mejor Regimiento, de la mejor Unidad de Infantería, de la mejor División de...

Buumm. Abrió fuego el cañón de 105-mm del vehículo que marchaba en cabeza, tan pronto como la pantalla del radar localizó automáticamente un objeto que se movía en ¿ exterior, restando así la posibilidad de que el coronel continuara rindiendo tributo de admiración y elogio al Cuerpo de Ejército, al Arma de Infantería, al Estado Mayor y...

La batalla por el Recodo de Pung había comenzado.

6

Ahora que ese primer blanco *no era nadie.*

Era solo una vaca lechera y, para decirlo todo, sedienta además. La verdad es que el animal nada tenía que hacer en el campo de béisbol, pero allí estaba, y toda vez que era en esa dirección por donde los invasores descendían sobre la ciudad, hizo el supremo sacrificio. Sin saber realmente lo que hacía, desde luego.

El coronel Commaigne gritó a su ayudante:

- Lefferts, ordene que pongan el seguro a los uno-cero-cinco, inmediatamente. No quiero que sucedan cosas como esta.

Había sido un espectáculo muy desagradable ver a la pobre vaca vieja convertida casi en salchichas, bien adobada con salsa catchup, tan rápidamente. Sería mejor encadenar a los grandes cañones en tanto que se supiera fijamente si la ciudad se disponía o no a presentar combate.

El coronel Commaigne detuvo a los transportes y dispuso que los hombres abandonaran los vehículos. De todos modos, el área de terreno radiactivo quedaba ya a sus espaldas.

Los hombres adoptaron la formación de despliegue en guerrillas pronta y eficazmente. A las voces de mando de los oficiales comenzó el avance hacía el Recodo de Pung. Era una bella y dilatada hilera de hombres avanzando al unísono rápida e inconteniblemente. Desde lo alto de la Iglesia Presbiteriana de la ciudad, Jack Tighe y Andy Grammis contemplaban este avance incontenible a través de sus prismáticos> y puede asegurarse que Andy estaba muy cerca del histerismo. Sin embargo, Jack Tighe se limitaba a tararear tranquilamente, moviendo de cuando en cuando la cabeza, como asintiendo.

El coronel Commaigne dio una voz de mando y todos los hombres, simultáneamente, cayeron cuerpo a tierra. Algunos lo hicieron en terreno pantanoso> otros sobre barro; otros tuvieron que arrastrarse reptando hasta encontrar una roca que los protegiera> y

hasta hubo unos pocos, los que tuvieron la desgracia de ir a caer en las cercanías de donde había hecho explosión la granada que puso fin a los días de la vaca, que fueron a caer sobre una delgada película de sangre vacuna. No importaba demasiado realmente, pues no les era necesario utilizar las pequeñas palas zapadoras de la Segunda Guerra Mundial; todos ellos estaban dotados de las excavadoras powr-Pakt, que hacían un pozo de tirador en fracciones de minuto y, lo que es más, bañaban las paredes del pozo de una sustancia similar a la escayola. Era algo magnífico.

Y sin embargo> por otra parte...

Bien, veamos. Era de este modo. Habían utilizado 26 vehículos para llegar hasta allí. Cada uno de ellos tenía su conductor> su ayudante de conductor, su conductor suplente y un mecánico. Cada vehículo tenía asignado así mismo su reparador de radar y electrónica y un ayudante de reparador de radar y electrónica; un grupo de cuatro hombres eran los enlaces entre el vehículo y los hombres, como así mismo eran los encargados de las comunicaciones entre los oficiales y el Puesto de Mando.

Bien, necesitaban a todos esos hombres. No era posible pasarse sin ellos.

Pero esto significaba que> solamente los vehículos, distraían una fuerza estimada en doscientos ochenta y dos hombres.

Luego estaba la cocina de campaña, con su dotación de 47 hombres, más el destacamento administrativo y el equipo dietético; el destacamento del puesto de mando, con los miembros administrativos de la compañía y la policía militar; la sección ~ un espectáculo brillante cuando estos comenzaban a desplegar sus teletipos de campaña los receptores faxales, y lanzaban los globos sondas barométricos-. Estaba luego el hospital de campaña, con su equipo de 81 médicos, enfermeras, sanitarios, camilleros, más nueve oficiales médicos y auxiliares administrativos sanitarios; los servicios especiales de destacamento, siempre dispuestos a montar la gran pantalla cinematográfica tridimensional para esparcimiento de la tropa libre de servicio, como así mismo eran ellos los encargados de organizar torneos deportivos y competiciones que estimulasen el espíritu competitivo del ejército; estaban también los cuatro capellanes y sus respectivos ayudantes encargados de la vida espiritual de la unidad, a los que había que agregar el Consejo Consultante de los Culturistas Eticos, los agnósticos, los veletas, etc.; el Oficial de Historiografía y su equipo de ocho empleados-técnicos bien entrenados, ya en esos momentos recorriendo los pozos de tirador de uno en uno registrando las voces e impresiones de los combatientes, al objeto de hacer que la historia fuera realmente de primera mano, en forma de impresiones de la batalla que estaba aún por comenzar; observadores militares de Canadá, Méjico, Uruguay, la Confederación Escandinava v la República Socialista Soviética de la Mongolia Interior, con sus ordenanzas y ayudantes; y, desde luego, corresponsales de prensa de los más importantes rotativos y revistas: *Barras y Estrellas,* el *Times* de Nueva York, el Monitor *de la Ciencia Cristiatia,* los periódicos de la cadena ScrippsHoward; cinco servicios de incendios; ocho equipos de

televisión; una empresa particular de filmación de documentales y representantes de 127 periódicos y revistas nacionales y extranjeros más, en excelentes relaciones con nuestro Gobierno

Era una unidad básica de combate, natural-mente. Por ello solo había un Oficial de Información Pública asignado a cada uno de los reporteros. Todavía...

Bien, para abreviar, esto dejaba exactamente a cuarenta y seis fusileros en línea de combate.

* * *

En lo alto del campanario de la iglesia presbiteriana, Andy Grammis se lamentaba:

-~ Pero, *míralos,* Jack! No sé, pero puede ser que si permitiéramos que la publicidad volviera al Recodo Pung no estaría tan mal, a fin de cuentas. De acuerdo, es una carrera de ratas, pero...

¡Espera! - respondió ~ tranquilo, Jack Tighe, y volvió a tararear.

No les resultaba posible verlo con toda claridad, pero entre los componentes de la línea de tiradores existía cierta confusión. Se había corrido la voz de que toda la artillería se había puesto a seguro y que todo el potencial de fuego de la compañía descansaba en sus cuarenta y seis fusiles.

Bien, eso no era lo peor; pero, después de todo, habían estado equipados con carabinas E-Z de fuego-Centralizado-a-Ceñidor hasta diez días antes de haberse formado la fuerza expedicionaria, y algunos de los hombres no habían acabado de familiarizarse con los nuevos fusiles.

Pasó algo así:

- Sam - llamó uno de los soldados al que se encontraba en la trinchera inmediata -. Escucha, Sam, ¿sabes para qué sirve esta parte del fusil? ¿Sabes si cuando esto que es verde se enciende significa que el arma está en el seguro?

-A mí que me registren; pero miraré el manual - respondió el interrogado. Y rápidamente comenzó a ojear el manual, en colores y con cubierta a todo color, cuyo título era *Cinco Pasos Mágicos Para el Manejo Del Nuevo Equipo de Combate; Seguridad y Comodidad* -. ¿No has visto lo que dice aquí? - le preguntó al otro -. Dice: El Ojo Mágico en Posición de Descanso se Suministra con el Fin de Asegurar la acción positiva, impidiendo así que los cartuchos Sempseguro de extracción y carga dinámica puedan ser utilizados en combinación con los Almohadillados-Anti-Retroceso.

-¿Qué es lo que dices, Sam?

- Digo que esto no hay cristiano que lo entienda - respondió el llamado Sam, lanzando el manual a la tierra de nadie, situada frente a su parapeto.

Pero se arrepintió rápidamente y acto seguido salió de su pozo de tirador para ir a buscarlo, arrastrándose sobre el terreno, cuerpo a tierra. A pesar de que las instrucciones no resultaban demasiado claras ni parecían guardar relación alguna con el barro y las rocas alrededor del Recodo de Pung, todas y cada una de las minuciosas instrucciones del manual estaban ilustradas por fotografías estilizadas de artistas de la televisión y el cinematógrafo, en bikini, pues las fábricas subterráneas fabricaban tanto los manuales de instrucción como las armas mismas; evidentemente, cuanto más complicadas eran las instrucciones, mayor número de ilustraciones utilizaban y más estimulantes para el combatiente. Las instrucciones relativas a los vehículos eran realmente sorprendentes.

En el campo adversario, unos minutos después, Andy Grammis se aventuró a afirmar:

- No parecen dispuestos a hacer nada - mientras miraba por los prismáticos.

--No. Eso parece, Andy. Bien, no podemos permanecer aquí toda la vida. Vayamos a ver qué es lo que ocurre.

No es que Andy Grammís tuviera el menor deseo de hacerlo, pero Jack Tighe era un hombre de tal personalidad que era imposible resistírsele. Así, pues, descendieron la escalera de caracol de acero y, recogiendo al resto de los Voluntarios de la Independencia del Recodo de Pung. hasta un total de catorce hombres descendieron por la calle Principal en dirección al campo de juego en forma de diamante.

Veintiséis pantallas de otros vehículos dieron la alarma, poniéndose *rosa,* en tanto que las torres con los 105-mm giraban hasta centrarse, a cero casi, sobre los Voluntarios de la Independencia.

Cuarenta y seis fusileros, sudorosos y lanzando juramentos, se esforzaban lo imposible por hacer que la línea Akur-A-C de la Franja Horizontal Gris coincidiera con la Vertical Azul de Tres Bandas en los radares de sus respectivos fusiles.

Y el coronel Commaigne, aullando como un poseso, agitaba un papel delante de las narices de su ayudante: -¿Qué clase de insensatez es esta? - preguntó -. Porque un soldado es un soldado a pesar de su rango. ¡No me es posible retirar a esos hombres de la línea de fuego justamente en estos momentos, cuando el enemigo avanza hacia nosotros!

-¡Son órdenes de la superioridad, señor! - respondió, impenetrable, el ayudante. Había conseguido su doctorado en Jurisprudencia Militar en la Universidad de Harvard y sabía lo que esas órdenes significaban y a quién estaban dirigidas -. El plan de rotación no es cosa mía, señor. ¿Por qué no pedir comunicación urgente con el Pentágono?

-¡Pero, Lefferts, idiota! No me es posible establecer contacto ahora con el Pentágono. Alguno de esos periodistas tiene acaparadas las líneas.. -*¡Y* se me pide que retire hasta el último fusilero de la línea de fuego y les retire a un campamento de recuperación y descanso durante tres semanas

- No, señor - le corrigió el ayudante, señalando a una línea determinada del escrito -. Unicamente por veinte días, señor, incl*uidos* días de viaje. Pero mejor será que se decida a poner en práctica la orden, señor, cuanto antes. La orden, como ve, indica *prioridad.*

Bien, el coronel Commaigne no era un loco. No importaba lo que dijeran después. Había estudiado la catástrofe de Von Paulus en Stalingrado y la huida a la desesperada de Lee en Gettysburg, y sabía lo que podría pasarle a una fuerza expedicionaria perdida dentro del territorio enemigo. Hasta si esta estaba compuesta de un gran grupo de ejércitos. Y la suya, como se recordará, era más bien pequeña.

Sabía que cuando uno se encuentra aislado detrás de las líneas enemigas, todo y todos se vuelven contra uno; el frío y la diarrea destruyeron a más miembros del Sexto Ejército Nazi que los mismos rusos; los traqueteantes carromatos de Lee, en su retirada, pusieron fuera de combate a más hombres que el cañón de Meade. Así, pues, hizo lo que tenía que hacer.

-¡Toquen retirada! - gritó -. Regresemos.

Retirada y reagruparse: ¿por qué no? Pero no resultó tan fácil como todo eso.

Los transportes de personal dieron la vuelta y maniobraron como una flota muy bien entrenada. Para esto habían sido adiestrados los conductores, Pero uno de los vehículos se enganchó en los tensores de la pantalla tridimensional de los Servicios Especiales y fue a chocar contra otro; una flotilla de tres se vio envuelta en las instalaciones prefabricadas del hospital de campaña. Otros cinco, que estaban siendo utilizados para suministrar energía a los generadores eléctricos, desde sus ejes posteriores se vieron inmovilizados durante quince minutos y quedaron bloqueados los unos con los otros.

A la hora de la verdad solo cuatro de los veintiséis se encontraban en condiciones de ponerse en movimiento con rapidez. Y, evidentemente, esto no bastaba, por lo que aquello no fue una retirada, en modo alguno; fue un desastre.

- Solamente queda por hacer una cosa - bramó el coronel Commaigne en medio del tumulto, con el rostro bañado en lágrimas varoniles de desesperación y pesar. ¡Ah, pero cuánto desearía no haber sentido nunca la ambición de ascender a general

* **

Así es como Jack Tighe recibió la rendición del coronel Commaigne. Jack Tighe no actuó

sorprendentemente. No puede decirse lo mismo de los Voluntarios de la Independencia.

- No, coronel, puede usted conservar su espada - dijo amablemente al coronel Commaigne -. Y todos sus oficiales que conserven, así mismo las armas personales Nivelizadoras~Sin~Retroceso~ que llevan en sus costados.

- Gracias, señor - lloró el digno coronel, agradecido por la deferencia de su enemigo, y se dirigió, andando a tropezones, hasta las instalaciones del club de oficiales del Estado Mayor del destacamento, en el que continuaban trabajando sin detenerse...

Jack Tighe le vio salir con una expresión peculiar y aire pensativo.

William LaFarge, blandiendo una estaca de nogal de regulares proporciones - había sido todo lo que había podido encontrar como arma, balbució: -¡Es una gran victoria! Apuesto a que ahora nos dejarán en paz!

Jack Tighe no dijo ni una sola palabra.

-¿No lo crees así tú, Jack? ¿No nos dejarán tranquilos ahora?

Jack Tighe le miró con fijeza, pareciendo por un momento que iba a responder a sus preguntas, pero se volvió hacia Charley Frink.

- Charley, escucha, ¿no tienes tú por alguna parte una escopeta de caza?

- Sí, señor Tighe. Y una carabina del veintidós. ¿Quiere que las traiga?

- Sí, desde luego. Creo que sí - Jack Tighe se quedó mirando cómo el chico corría a buscar las armas. Sus ojos estaban empañados. Volviéndose a los otros, añadió: Andy, haz algo por nosotros, ¿quieres? Di al coronel que nos preste un vehículo y un conductor que conozca bien el camino hasta el Pentágono.

Y unos pocos minutos después, Charley; regresó con la escopeta de caza y la carabina del 22; y el resto, naturalmente, es historia.

Editorial Aguilar 1970

Ciencia-Ficcion NorteamericanaTomo III

Traductor Manuel G. Volpini

Escaneado por diaspar 1998